
LAS ECONOMIAS FAMILIARES DENTRO DE UN CONTEXTO HISTORICO COMPARADO*

David S. Reher

Universidad Complutense de Madrid; Instituto de Demografía de Madrid

Enriqueta Camps Cura

Universitat Autònoma de Barcelona

RESUMEN. El presente artículo pretende arrojar un poco de luz acerca de algunos de los aspectos más importantes de las economías familiares dentro de un contexto histórico. Se ha propuesto una perspectiva analítica que enfatiza los aspectos dinámicos y flexibles de las economías, tanto en el mundo industrial y urbano, como en el rural. Al igual que para Chayanov, la relación de productores y consumidores dentro del núcleo familiar ha sido un factor clave para el bienestar de la familia. No obstante, la economía doméstica se ha mostrado flexible, adaptándose a las nuevas situaciones surgidas como consecuencia de sus realidades demográficas y económicas. La utilización de los recursos humanos disponibles dentro de la familia, así como la variación de los tipos de actividad económica forman parte esencial de estas estrategias adaptativas.

1. INTRODUCCION

El objetivo de este artículo es presentar algunas reflexiones acerca de las economías familiares en poblaciones históricas. El origen de las mismas está basado en algunos contextos españoles concretos que han sido objeto de estudio en publicaciones recientes, si bien se espera que algunas de las

* Queremos expresar nuestro agradecimiento a Juan Martínez Alier, Stuart Woolf y Robert Rowland, cuyas críticas nos han ayudado a mejorar sustancialmente el contenido de este texto.

observaciones de ahí derivadas sean relevantes para otros contextos bien diferentes. Uno de los ejes de estas reflexiones será una comparación entre las economías de las familias en zonas urbanas y en zonas rurales. No será el único punto de comparación, ni estará siempre presente, pero servirá para dar una cierta línea comparativa al escrito. Nos podemos preguntar hasta qué punto el análisis de las economías familiares puede diferir según se trate de un contexto ecológico u otro.

Cualquier reflexión sobre las economías campesinas ha de utilizar como punto de referencia la obra de A. V. Chayanov (1966)¹. En líneas muy generales, Chayanov pensó que el relativo bienestar económico del campesinado ruso variaba significativamente a lo largo del ciclo vital de la familia, principalmente en función del relativo equilibrio que existía entre productores y consumidores dentro del hogar. Chayanov insistía en que la racionalidad económica de los campesinos no significaba siempre optimizar los beneficios obtenidos. En momentos en que la relación productores/consumidores era más favorable, la familia campesina no utilizaría necesariamente todas sus disponibilidades de trabajo. En cambio, en momentos de gran necesidad, cuando el *ratio* entre brazos y bocas para alimentar disminuyese, se emplearía a fondo el potencial productivo del hogar, aun en un contexto de rendimientos decrecientes. Desde una perspectiva formalista, este tipo de comportamiento se podría interpretar como una estrategia de los campesinos para maximizar el producto medio, pero no los beneficios, en ausencia de técnicas alternativas y en un contexto de presión demográfica sobre los recursos (hipótesis difícil de aplicar a la historia). Desde una perspectiva sustantivista (Sahlins, 1977), el comportamiento observado por Chayanov se interpreta como una situación en la que los campesinos trabajan sólo para cubrir las necesidades familiares, física y culturalmente consideradas como satisfactorias, sin ningún criterio maximizador (hipótesis más aplicable a la historia). Así, la familia campesina se mostraría más preocupada por una estabilidad más bien cíclica que por la posibilidad de acumulación de riqueza².

Para Chayanov, existían tres características que jalonaban el ciclo vital de cualquier grupo doméstico. Por un lado, la tierra que poseían las familias campesinas iría en aumento mediante el alquiler, arrendamiento, compra o incluso mediante la donación cuando las familias eran jóvenes y el número de consumidores estaba en aumento. Estas mismas familias irían desprendiéndose de parte de su propiedad en la medida en la que disminuía el número de personas dentro del grupo doméstico. En el contexto de la España rural, aparte del recurso al mercado que implicaban los postula-

¹ Un planteamiento útil de los postulados de Chayanov dentro del contexto de las economías campesinas de la Europa occidental se puede encontrar en Smith (1984).

² Planteamientos críticos sobre este tipo de comportamientos se pueden encontrar en Harrison (1977: 331). Concretamente, este autor muestra el carácter estático del modelo de Chayanov que le impide analizar los procesos de diferenciación social.

dos chayanovianos, este proceso podría haberse plasmado también mediante el acceso gradual a la herencia, en propiedad o en usufructo, y su progresiva distribución entre los herederos una vez que los hijos se hubiesen marchado de casa. Por otro lado, durante algunos momentos del desarrollo del grupo doméstico, en especial cuando el número de consumidores superaba la capacidad de producción de las tierras que se poseían, miembros del mismo se emplearían en distintos oficios no relacionados con la producción agrícola, pero normalmente dentro de la misma explotación campesina. Finalmente, el empleo de mano de obra ajena a la familia era prácticamente inexistente (Chayanov, 1966: 68-74)³. De esta manera, dentro de un análisis claramente antimaterialista, Chayanov veía una situación en la que la economía campesina se adaptaba a las necesidades del momento, determinadas fundamentalmente por dinámicas demográficas, sin plantearse la posibilidad de acumular propiedad ni riqueza mediante la adquisición de tierras nuevas y la contratación de mano de obra ajena al núcleo familiar. Así, para Chayanov, la economía campesina, y por ello la movilidad social, era un proceso fundamentalmente cíclico (Smith, 1984: 6-13).

Los planteamientos de Chayanov son atractivos sobre todo porque tienden a explicar la sorprendente estabilidad que se ha podido observar en numerosas sociedades rurales de la Europa preindustrial. No obstante, nos podemos preguntar en qué medida sus observaciones acerca de la economía campesina se ajustaban a otros contextos sociales y económicos, tal y como el español, y si se pueden aplicar también a otras formas de economía familiar, especialmente en zonas urbanas en proceso de industrialización⁴.

2. LA ECONOMÍA FAMILIAR DESDE UNA PERSPECTIVA COMPARATIVA

Sólo existen dos estudios sobre el pasado español que han intentado aplicar este tipo de modelo de manera formal, y en ambos el resultado, en lo que se refiere a la incidencia de factores demográficos sobre las economías familiares, ha sido netamente chayanoviano, como no podía ser de otra manera⁵. Aun partiendo de algunas premisas divergentes, sus resulta-

³ Evidentemente, los planteamientos de Chayanov se aplican a sociedades donde el acceso a la tierra es común y, por tanto, su aplicabilidad donde predominaban los jornaleros, mano de obra agrícola asalariada, y explotaciones de considerable tamaño es muy problemática.

⁴ De hecho, las teorías de Chayanov sobre la lógica de la economía familiar campesina han sido aplicadas por algunos autores a los hogares protoindustriales (Medick, 1976; Dewerpe, 1985). También se han utilizado para explicar la realidad de familias artesanas e incluso de los trabajadores industriales fabriles (Struminger, 1977; Tilly y Scott, 1978; y Tilly, 1979).

⁵ Existen otros proyectos que van en esta línea, si bien todavía no han salido resultados firmes de los mismos. En este sentido, véase especialmente Schurer y Moll-Blanes (1990).

dos se prestan a una evidente comparación. En su estudio sobre la familia en zonas rurales de la provincia de Cuenca, Reher (1988) utilizó datos demográficos rigurosamente empíricos para varios períodos, aplicándoles unos determinados índices de producción y consumo basados, en parte, en un ejercicio similar llevado a cabo por Richard Smith (1984: 68-71). Por su parte, en su estudio sobre la economía familiar de los trabajadores fabriles de Sabadell, Camps Cura (1990a: 349-366) utilizó datos demográficos, nóminas de empresas y las informaciones de los contemporáneos sobre gastos de consumo, permitiéndole así reconstruir empíricamente el presupuesto familiar en 1890.

Los resultados en ambos casos son muy similares —véanse los cuadros 1 y 2—. El inicio de la vida conyugal es de un relativo bienestar

CUADRO 1

Un modelo de producción y consumo familiar. Cuenca

<i>Edad del vecino</i>	XVIII	1851-1875	1920-1925	1946-1955	1966-1970
20-29	0,29	0,27	0,24	0,28	0,23
30-39	-0,10	0,04	-0,15	0,03	-0,03
40-49	0,01	0,18	-0,01	0,05	0,17
50-59	0,45	0,39	0,44	0,67	0,56
> 60	-0,02	-0,18	-0,07	0,09	0,02
TOTAL	0,63	0,70	0,45	1,12	0,95

NOTA: Se refiere a familias con hijos. Para una mayor explicación del método de elaboración, véase Reher (1988: 191-194, 269-271).

CUADRO 2

Actividad y presupuesto de los trabajadores fabriles. Sabadell, 1890

	<i>Edad del vecino</i>								
	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49	50-54	55-59	>60
Tamaño familia	3,10	3,97	4,26	4,72	5,26	5,00	5,35	5,16	4,38
Activos/inactivos	2,50	1,33	0,85	0,82	0,97	1,68	1,83	2,26	0,87
Ingreso <i>per capita</i> *	7,92	6,85	5,48	5,32	5,12	6,35	6,59	7,28	4,65
Ingresos-gastos**	4,28	3,68	1,08	-1,01	-2,45	0,66	1,46	4,67	-5,35

* En reales diarios.

** En reales diarios. En los ingresos disponibles se han descontado sólo 53 días festivos al año.

FUENTE: Camps (1990a: 350-366).

económico, que va disminuyendo a medida que van llegando los hijos. El momento de mayores dificultades ocurre cuando el vecino tiene entre 35 y 44 años de edad, período en que la mayoría de los hijos todavía no ha llegado a ser productiva —véanse los cuadros 3 y 4—. A partir de los 45 años de edad la situación cambia, ya que algunos hijos se habrán marchado del hogar y, lo que es más importante, los otros han alcanzado la edad activa y contribuyen económicamente a su mantenimiento. Finalmente, el momento de la vejez es otra vez de signo negativo⁶.

Las estructuras familiares son ligeramente distintas en Sabadell y en Cuenca. En la Cuenca muy rural y muy tradicional predomina el grupo doméstico de estructura simple (entre 4,5 y 6,9 por 100 de hogares extensos y múltiples), mientras que en Sabadell la práctica de la herencia indivisible lleva a unas proporciones de familias complejas más elevadas (algo inferiores al 20 por 100). La presencia de sirvientes en el hogar en ambos entornos es escasa⁷. En estas situaciones, y posiblemente en otras bien distintas, el factor demográfico resulta ser fundamental. El número y la distribución por edad de los componentes del grupo doméstico es casi exclusivamente el resultado de la fecundidad, mortalidad, nupcialidad y de los procesos migratorios. Aun en el caso de que el grado de complejidad sea mayor, como en Sabadell, una vez excluidos los hogares de solitarios, la presencia de parientes en el grupo doméstico no llega a representar más del 14 por 100 de su conjunto. A jóvenes edades, la mortalidad y la fecundidad son los dos factores que realmente importan. Por tanto, en este sentido, el modelo

CUADRO 3

Número de hijos residiendo en el hogar por edad del vecino

	<i>Edad del vecino</i>								
	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49	50-54	55-59	>60
Cuenca	0,42	0,92	1,47	2,33	2,80	2,63	2,59	1,94	1,82
Sabadell (1889)	0,50	1,44	1,75	2,17	2,70	2,70	2,75	2,58	1,54

FUENTES: Reher (1988: 185) y Camps (1990a: 354).

⁶ Estos resultados no difieren sustancialmente de los presentados por Schurer y Moll-Blanes (1990) para zonas de Mallorca durante la misma época.

⁷ En las zonas rurales de la provincia de Cuenca, menos del 2 por 100 de los hogares tenían sirvientes (Reher: 172-176), y éstos serían el 3,6 por 100 en 1801-1850 y 1,1 por 100 en 1851-1875 del tamaño medio del hogar. En Sabadell el peso del servicio doméstico sería bastante superior, sin llegar a ser importante. En 1887, en el partido judicial de Sabadell, 2,91 por 100 de las mujeres de 21 a 40 años de edad eran sirvientes (Reher *et al.*, 1992).

CUADRO 4

*Distribución por edad de los hijos residiendo en el hogar por edad del vecino
(En porcentajes)*

<i>Edad padre</i>	<i>20-29</i>			<i>30-39</i>			<i>40-49</i>			<i>50-59</i>			<i>>60</i>		
	<i>0-9</i>	<i>10-19</i>		<i>0-9</i>	<i>10-19</i>	<i>20</i>	<i>0-9</i>	<i>10-19</i>	<i>20</i>	<i>0-9</i>	<i>10-19</i>	<i>20</i>	<i>0-9</i>	<i>10-19</i>	<i>20</i>
<i>Edad hijos</i>															
Cuenca															
XVIII	100,0	0,0	88,1	11,9	0,0	50,4	44,4	5,1	19,5	48,4	32,0	8,4	29,3	62,3	
1851-75	97,4	2,6	76,5	23,4	0,0	37,3	52,2	10,5	18,8	54,3	27,0	6,3	37,8	55,9	
1900-25	90,6	9,4	81,8	17,4	0,8	43,7	48,5	7,8	18,8	50,2	31,1	4,8	34,2	61,0	
1946-55	100,0	0,0	84,4	15,3	0,2	38,7	52,3	9,0	11,0	46,1	42,9	2,5	23,4	74,1	
TOTAL	97,0	3,0	82,7	17,0	0,3	42,5	49,4	8,1	17,0	49,8	33,3	5,5	31,2	63,3	
Sabadell															
1889	93,2	6,7	77,2	22,1	0,6	46,0	47,3	6,6	24,0	51,3	24,7	7,1	35,0	57,8	

FUENTE: Reher (1988: 190) y elaboración propia a partir del padrón municipal de Sabadell de 1889.

de Chayanov es, en parte al menos, trucado y su resultado se conoce de antemano.

Veamos, por ejemplo, cómo se plasma esta dinámica en el caso de las zonas rurales de Cuenca. La presencia de hijos en el hogar sigue de cerca el ritmo reproductivo de las parejas —véanse cuadros 3 y 4—. Es insignificante cuando la pareja es joven, aumentando hasta llegar a su punto culminante cuando el vecino tiene entre 40 y 54 años de edad. Para la mujer, que suele tener unos dos o tres años menos que el marido, este momento abarca los últimos años de su período fértil. Antes de que el vecino cumpla los 50 años de edad, la inmensa mayoría de los hijos tienen menos de 15 años de edad y, por tanto, es todavía prematuro hablar de su marcha de casa. A partir de dicha edad, la migración estacional o temporal se convierte en una realidad, aunque la marcha definitiva no suele producirse hasta el momento del matrimonio, cuando las normas de formación neolocal de hogares nuevos determinan la salida definitiva de los hijos del hogar de los padres. Ello no puede ocurrir de manera numéricamente significativa hasta que el vecino haya cumplido los 50-55 años de edad. No obstante, todavía quedan proporciones importantes de hijos menores dentro del hogar y este hecho retrasa el «despegue» económico. Sólo a partir de los 60 años de edad predominan los hijos mayores, y por tanto totalmente productivos, dentro del hogar, pero en ese momento su importancia numérica es muy reducida.

Es, a fin de cuentas, el ciclo vital de cualquier familia y de cualquier grupo doméstico dentro de un contexto donde predominan las estructuras familiares simples, formación neolocal de hogares nuevos, niveles de celibato bastante bajos y edades de matrimonio sólo moderadamente elevadas. De cambiar cualquiera de estas variables, la forma del modelo cambia, pero su estructura básica no. Ejemplo de ello podría ser la existencia de una edad al casarse similar pero una soltería algo superior en Sabadell que en Cuenca, que ayudaría a explicar el mayor peso de hijos solteros residiendo en el hogar a edades superiores que se desprende del cuadro 3⁸. Por otra parte, caso de producirse una prolongada coresidencia de algún hijo casado dentro del hogar paterno, una situación típica de la familia troncal, ello introduce matices en el modelo (el cuadro 3 recoge únicamente a los hijos solteros). Ahora bien, aquí el efecto es diferente. Durante los primeros tiempos después del matrimonio de la generación más joven, la situación económica del grupo doméstico mejora relativamente al quedar más personas productivas dentro del mismo. Sin embargo, en seguida esta

⁸ A lo largo del siglo XIX, la edad de contraer primeras nupcias aumenta en Sabadell y pasa de los 22 años para las mujeres y 24 para los hombres, a principios de siglo, a los 24 años para las mujeres y 27 años para los hombres en 1889 (Camps, 1985). En Cuenca, a lo largo del siglo XIX, la edad al casarse de las mujeres oscila entre 23 y 25 años y para los hombres entre 25 y 27 años. En torno a 1887, los niveles de soltería definitiva son de 3,5 en las zonas rurales de Cuenca, frente al 6,3 en Sabadell. Véanse Reher (1988: 85-86); Reher *et al.* (1992).

situación de relativa ventaja se torna en desventaja al existir hogares con personas improductivas, tanto de la generación anterior a la del cabeza de familia (padres, suegros) como de la generación posterior (hijos).

En todo caso, la dinámica básica que se ha descrito persiste con realidades empíricas bien distintas. Únicamente se neutralizaría de manera significativa la naturaleza cíclica de la economía familiar en aquellas sociedades donde las estructuras familiares revestían una gran complejidad, con predominio de hogares multigeneracionales y polinucleares. Este tipo de hogar se daba en algunas zonas del Este del continente europeo (Czap, 1983), pero desde luego no se da en ninguna parte de España, donde la troncalidad existente es más bien modesta. Las relativas ventajas o desventajas de la presencia prolongada de algún miembro de la familia en el mundo rural estarían fuertemente condicionadas por la presión de la población sobre los recursos y la abundancia o no de opciones económicas en las tierras familiares. En la ciudad, por el contrario, dada la primacía del trabajo asalariado, el efecto sería más simple y lineal.

Otro aspecto de las ideas de Chayanov que es mucho más difícil de contrastar con datos españoles es su afirmación de que las familias campesinas no se esforzaban en acumular durante los momentos benignos de su ciclo económico-vital. Esta se basa, como ya se ha apuntado, en el supuesto de que o bien la acumulación era imposible (hipótesis menos verosímil) o que durante los momentos negativos no se llegaba realmente a descender por debajo de un nivel mínimo de subsistencia, considerado como aceptable física o culturalmente (hipótesis más verosímil). Medir esta situación en términos empíricos es enormemente problemático, sobre todo debido al hecho de que es difícilísimo disponer de presupuestos para las familias que se están estudiando. Existen algunos presupuestos familiares para el siglo XIX, entre los que destacan los elaborados por Frédéric Le Play⁹. No obstante, ninguno de estos presupuestos, que sepamos, refleja los cambios que el ciclo vital del grupo doméstico suponía para su propia realidad económica, aspecto fundamental para una aproximación matizada al tema¹⁰. Normalmente se utilizan presupuestos «tipo» basados en datos más bien remotos, haciendo prácticamente imposible captar la flexibilidad que, sin duda, caracterizaba la dinámica de producción y consumo de la familia.

A pesar de estos problemas, algunos datos aislados nos permiten al menos dudar de algunas de las afirmaciones de Chayanov. En su estudio reciente de las economías de las familias obreras en Sabadell, E. Camps ha visto que dichos trabajadores pasaban por un período en el que existía un verdadero déficit en la economía familiar. Durante estos momentos, los

⁹ Los escritos de Le Play sobre España fueron publicados en 1877, y existe una reciente edición de ellos aparecida en 1990.

¹⁰ Un intento reciente de establecer unos presupuestos familiares a partir de datos locales se encuentra en Pérez-Fuentes (1990: 553-575). En su análisis de la economía familiar, la autora no utiliza el enfoque del ciclo vital que aquí se está discutiendo.

gastos corrientes aparentemente superaban los ingresos corrientes. Este resultado ha parecido plausible, ya que es observado por los propios contemporáneos (Sallares i Pla, 1892; Cerdà, 1867). Se adecua también a la realidad observada en otros lugares de Europa, donde se pone de relieve que las familias trabajadoras podían situarse por debajo del umbral de pobreza primaria, en las fases del ciclo familiar que en Sabadell aparecen como deficitarias. Tanto en el Lancashire industrial (Anderson, 1974) como en el contexto florentino de inicios del siglo XIX (Woolf, 1986), el período del ciclo de formación de las familias entre los 35 y 45 años de edad del padre era crítico e impulsaba el recurso a la asistencia benéfica.

Este tipo de resultado sugiere que los ingresos corrientes de las familias trabajadoras no eran suficientes para que éstas pudiesen permitirse el lujo de no aprovecharse al máximo de todos los recursos humanos a su disposición, tal y como vaticinó Chayanov. Esta postura es coherente con la idea de la disciplina que se ha asociado al sistema fabril y nos plantea la posibilidad de la existencia de algún tipo de ahorro familiar que se acumularía en los momentos de las «vacas gordas», presto a utilizarse en los tiempos duros. De ser así, es decir, en caso de que la familia trabajadora ahorrara en las fases del ciclo familiar en que la estructura de su presupuesto lo permitiera, el saldo final a lo largo de todo el ciclo de formación sería positivo, y la capacidad de ahorro se situaría en 1,27 reales diarios en término medio o 463,55 reales al año. Este saldo permitiría cubrir veinte días de desocupación al año de toda la familia, además de los días festivos. También Le Play (1990: 97, 151) observó la misma capacidad de ahorro entre las familias que estudió. Lamentablemente, los mecanismos de ahorro no son desconocidos.

En la ciudad industrial, la economía familiar se basaba sobre todo en el salario. Entre las familias industriales, las repercusiones sobre la economía familiar de emplear a una persona más eran claras, sobre todo teniendo en cuenta que los salarios según la edad y el sexo estaban bien definidos (Camps, 1990a y 1990b; Brown y Philips, 1986). Así, mientras que el salario de los hombres aumentaba con el tiempo de permanencia en la empresa y, por tanto, también con la edad, las mujeres se veían excluidas de las oportunidades de promoción interna. Sus salarios eran parecidos a los de un adolescente de 15 años, sólo que, a diferencia de los de los segundos, no aumentaban con la antigüedad. Desde la perspectiva de la familia trabajadora, dados los mecanismos de asignación del trabajo en las empresas, parece razonable que se sustituyese trabajo femenino por trabajo de niños mayores de 10 años de edad, ya que a medio plazo las ganancias derivadas de ocupar a los niños eran superiores que las de ocupar a las mujeres. Este hecho, junto con la acumulación de tareas domésticas, hacía que, por regla general, las mujeres se retirasen del mercado de trabajo pocos años después del matrimonio.

Por su definición misma, la economía campesina tenía que diferir fundamentalmente de la vigente en las ciudades industriales. En el campo, las

repercusiones de ocupar a una persona más sobre la economía familiar serían menos claras que en las ciudades industriales, sobre todo en un contexto de cosechas cambiantes y siempre que no se hubiese llegado a un nivel de ocupación de la tierra tal que la productividad marginal del trabajo fuese nula. No obstante, también existen indicios de que la producción económica de un campesino tendía a aumentar con la edad. En Cuenca, a principios del siglo xx, se puede apreciar cómo los ingresos globales de las familias campesinas aumentaban a lo largo del ciclo de vida (Reher, 1988: 198). Mientras que a edades superiores ello podría ser el resultado de la contribución de los hijos a la economía familiar, a edades más jóvenes también se producía. Por ejemplo, los ingresos de un vecino de 30-39 años de edad eran superiores en entre 2 y 4 por 100 a los de los vecinos de 20-29 años de edad¹¹. Resultados similares se han encontrado en el contexto de la sociedad rural mallorquina durante el mismo período (Schurer y Moll Blanes, 1990). Ello sería el resultado de su esfuerzo y del de su esposa. En un contexto campesino dominado por prácticas de herencia divisible, este hecho se vería en parte condicionado por factores relacionados, ante todo, con el acceso al patrimonio familiar a medida en que los padres iban muriendo. No es nada excepcional observar que personas que a los 25 años de edad son jornaleros, unos años más tarde se convierten en labradores. Es más, la tendencia ascendente en la cantidad de tierra poseída que Chayanov había visto entre los campesinos rusos tendría su paralelo en amplias zonas de España mediante transmisiones escalonadas de herencias, sin descartar, por supuesto, el recurso al mercado¹². Este proceso tendría a mitigar, en parte, el peso de uno o varios hijos de corta edad en el hogar.

Bien distinto sería el papel de las transferencias hereditarias en el contexto de la Cataluña industrial. Aquí, la práctica de la herencia indivisible era uno de los factores que forzaba la proletarización de los segundos y terceros hijos de las familias de pequeños propietarios. Las dotes o legítimas que éstos recibían al casarse, aunque pudiesen facilitar la formación de nuevos hogares, no habían de permitir consolidar nuevas propiedades (Camps, 1990a: 198-223). Por ello, las influencias en la economía familiar de las transmisiones hereditarias habían de ser mínimas entre las familias de los trabajadores asalariados fabriles. El sistema de herencia indivisible,

¹¹ El hecho de que el aumento sea tan pequeño no es sorprendente, sobre todo si tenemos en cuenta que el dinamismo económico del campo no es equiparable con el de la ciudad. Además, las economías campesinas no reflejan los ingresos en especie, dedicados al autoconsumo habitual en esas zonas, y, por tanto, los salarios reales en el mundo rural no tendrían por qué oscilar tanto como en la ciudad.

¹² En efecto, incluso en zonas culturalmente homogéneas, como en el caso de Cuenca, los mecanismos de herencia podían ser muy complejos y flexibles, abarcando desde situaciones donde se cedía al principio el usufructo, cuando no la propiedad, hasta otras donde existían verdaderos contratos de retiro. En todo caso, el acceso a la propiedad plena no se solía consumir hasta que ambos padres hubiesen muerto. Para el caso italiano, véase Delille (1990).

al reforzar la formación de familias complejas con patrimonios muy diversos, era una forma de multiplicar el número de familias nucleares sujetas a un proceso de proletarianización irreversible. Durante algún tiempo, el campo catalán es capaz de absorber una población en aumento, aunque en la mayor parte de las zonas rurales del Principado esta capacidad se rompe entre 1860 y 1887. A partir de ese momento, el destino de esas familias nucleares no herederas no podía ser otro que la gran ciudad —Barcelona— o la emigración exterior¹³.

A pesar de las diferencias observadas, en ambos casos la lógica implacable de la demografía familiar haría que, en todo momento, existiese la imperiosa necesidad de diversificar los ingresos. Ello sería más importante en los momentos críticos del ciclo vital, si bien sería probablemente una realidad perenne. La familia gozaba de una cierta flexibilidad, sobre todo cuando ya tenía algún hijo en edad productiva; pero su forma de movilizar estos recursos difería según se tratase de la ciudad o el campo. En zonas rurales de Castilla, a los 7 años de edad los niños se ponían a cuidar los rebaños y a ayudar en la cosecha, mientras que a los 10 ya estaban acarreando. A la hora de buscar mano de obra, en general se mostraba la preferencia por hijos más que por personas contratadas de fuera de la familia. «Siempre era mejor tener hijos; por baratos que fuesen los pastores, eran más caros que tener hijos», proclamaba un anciano agricultor de la sierra de Cuenca (Reher, 1988: 62). Algo similar parecería existir en otras zonas rurales de la Península donde los hijos llegaban a contribuir de forma decisiva a la economía familiar¹⁴.

En cambio, en la ciudad este recurso sería menos accesible, ya que el niño entraba en el proceso industrial más tarde que en el campo, raras veces antes de los 10 años de edad. Además, no trabajaba en una explotación familiar, sino que el resultado de su esfuerzo eran salarios muy bajos. En el campo, el niño se podía considerar plenamente productivo a los 14-15 años, mientras que en la ciudad a esta edad iniciaba el aprendizaje, que

¹³ Estudios recientes han llevado a la conclusión de que la población de las comarcas agrícolas no se dirigía a las ciudades industriales de tamaño medio (Camps, 1990a). Alternativamente, Barcelona o la emigración exterior habían de ser los destinos más frecuentes de los campesinos emigrantes. Ello no es sorprendente, ya que, hasta 1877, entre el 65 y el 75 por 100 de las migraciones internas definitivas tenían como destino Barcelona y, en el último cuarto de siglo, dicha proporción llega a alcanzar porcentajes del 95 por 100 (Camps, 1990c). En segundo lugar, aún está por documentar el origen de la emigración exterior, ya que las estadísticas oficiales especifican el último lugar de residencia pero no el de nacimiento. Para el caso inglés, Sidney Pollard (1978) no dudó en afirmar que la emigración exterior fue el principal destino de los campesinos expropiados durante el siglo XIX. Sobre este punto, véase también Baines (1985).

¹⁴ En una familia de Santander, Le Play (1990: 92) encontró que el hijo de 8 años aportaba un 8 por 100 de las jornadas de trabajo y un 1,5 por 100 de los ingresos de la familia.

tendría una duración de tres o cuatro años¹⁵. Sólo a partir de ese momento su salario comenzaba a aumentar con la edad, pero hasta los 20 años no se puede considerar que cobrase el salario de un adulto. La integración de los niños al proceso productivo era, pues, más lenta y más tardía en las fábricas que en el campo.

En síntesis, pues, aun cuando los ejemplos que hemos presentado correspondan a situaciones económicas bien diversas, muestran realidades familiares que tienen similitudes. Como se ha destacado ya, ello es debido a que las pautas de formación de las familias y, por tanto, los efectos del ciclo familiar sobre su economía son parecidos. No obstante, queremos destacar que la transición al sistema fabril tuvo efectos claros en la forma en que cada tipo de familia movilizaba los recursos humanos a su disposición. En ese contexto, las familias trabajadoras se veían forzadas a utilizar todos sus recursos de trabajo en todas las fases de su ciclo de formación. En cambio, en el contexto rural campesino, la disponibilidad de recursos para el autoconsumo, la estacionalidad del trabajo y la flexibilidad en la utilización de los recursos humanos de la familia abren la hipótesis de que, aun con unos ingresos inferiores¹⁶, las familias campesinas con acceso a la tierra no se veían forzadas a una explotación del trabajo tan rígida como las fabriles. En ambos casos, la economía familiar se sostendría sobre la base de una moderada capacidad de ahorro.

3. MIGRACIONES Y ECONOMIA FAMILIAR

Una forma de diversificar ingresos era el recurso a la migración. La situación clásica de emigración definitiva mediante la cual los jóvenes adultos de zonas rurales se trasladaban a la ciudad para afincarse en ella, de forma más o menos permanente, existía en España, pero tal vez de forma menos generalizable de lo que se pudiese pensar. Antes de 1920-1940, este tipo de emigración sería significativa únicamente en zonas de rápida industrialización o de intensa actividad económica (Cataluña, País Vasco), o donde, a pesar de la relativa ausencia de industria, la ciudad, por su gran población y la acumulación en ella de servicios, sería foco de atracción permanente (Madrid). Aparte de ellas, la capacidad de las ciudades existentes para atraer un gran número de inmigrantes era más bien limitada.

¹⁵ Dentro del contexto de la ciudad preindustrial, el aprendizaje de un hijo a menudo significaba el desembolso de dinero por parte de la familia. Durante la fase de industrialización, dicha práctica parece haber tenido mucha menos importancia.

¹⁶ Los salarios industriales eran superiores a los agrícolas, y, dentro del sector agrícola, los salarios eran superiores en las zonas económicamente dinámicas que en las más tradicionales (véanse, al respecto, Camps, 1990*d*; Garrabou, Pujol y Colomé, 1991).

También se daban otras modalidades de migración. Existen pruebas, tanto para las zonas catalanas como para la ciudad preindustrial de Cuenca, de la existencia de un importante flujo migratorio de familias enteras. Cerca del 20 por 100 de los inmigrantes a Sabadell tenían más de 40 años de edad y, en la ciudad de Cuenca, los flujos inmigratorios anuales implicaban en torno al 10 por 100 de cada grupo de edad por encima de los 40 años en el período 1842-1847. Estas personas, en su mayor parte, junto con los menores de 10 ó 15 años de edad, se trasladarían a la ciudad con el resto de la familia. En Sabadell, la inmigración estaba sobre todo compuesta por familias con un tamaño medio de entre cuatro o cinco personas y con varios hijos menores de 14 años de edad (Camps, 1990a: 161-183). En términos de la composición de la familia, esta fase del ciclo vital viene a coincidir con el período crítico ya señalado de la economía familiar y sugiere que el desajuste temporal de ingresos y gastos, al hacer las familias más sensibles a las fluctuaciones del mercado de trabajo, impulsó las migraciones.

Es más, también existen indicios de una fuerte corriente emigratoria que en ambas ciudades afectaba a todos los grupos de edad. En Sabadell, por cada 100 altas en el padrón (inmigrantes) había unas 74 bajas (emigrantes) entre 1874 y 1890. La distribución por edades de los emigrantes era muy similar a la de los inmigrantes, ya que en buena parte de los casos las personas involucradas eran las mismas. Alrededor del 80 por 100 de los emigrantes había permanecido en Sabadell menos de cinco años. Por otra parte, Sabadell no era su primer lugar de tránsito, ya que el 61 por 100 de los inmigrantes había residido al menos en otro municipio distinto del de nacimiento antes de llegar a Sabadell (Camps, 1990a: 150-160). En Cuenca, entre 1843 y 1847, donde se miden las migraciones en flujos anuales, los datos son aún más llamativos, ya que unos niveles de inmigración que afectaban anualmente a casi el 15 por 100 de la población se encuentran compensados por niveles similares de emigración (Reher, 1990: 249-253). De nuevo, la estructura por edad de la emigración es casi idéntica a la de la inmigración¹⁷.

Estos datos parecen indicar la existencia de migraciones que afectaban tanto a individuos, normalmente solteros, como a familias enteras. Para

¹⁷ Es preciso advertir que los datos sobre Sabadell y los referentes a la ciudad de Cuenca no son estrictamente comparables, ya que no miden los mismos flujos. En Sabadell, la información sobre migración proviene de las altas y las bajas en el padrón. Se deriva, pues, de las personas que se empadronan en la ciudad. Por ello, los datos tenderán a reflejar la llegada de personas que, por una razón o por otra, pretenden fijar su residencia habitual en la ciudad. Sin duda, las salidas se anotan no al abandonar la ciudad de hecho, sino al empadronarse en otro lugar. El tipo de migración que reflejan será una de naturaleza bastante estable. Por el contrario, los flujos visibles en Cuenca se refieren a la presencia de hecho de personas dentro de la ciudad, recogiendo por ello también a los transeúntes, ausentes por definición de los datos de Sabadell. En parte por eso, las intensidades migratorias en Cuenca son tan superiores a las vigentes en Sabadell.

muchas personas, la estancia en la ciudad era muy corta, casi estacional, mientras que para otras duraría algo más, sin que llegasen a fijar de forma permanente sus residencias en la ciudad. La naturaleza temporal de las estancias urbanas sería probablemente más acentuada en el caso de Cuenca, ya que la intensidad de los flujos en la ciudad castellana se muestra a todas luces superior a la de la ciudad industrial. Ello no es sorprendente porque una ciudad decadente y carente de dinamismo económico como Cuenca tendría mucho menos que ofrecer, en términos de oportunidades económicas a largo plazo, que un centro dinámico como Sabadell. A pesar de las similitudes demográficas de los flujos migratorios en ambas ciudades, sus causas parecen haber sido distintas.

Por otra parte, la existencia de importantes flujos de migración de retorno es evidente, al menos en el caso de Cuenca. ¿Hacia dónde se marchaban los emigrantes urbanos industriales? En el caso de Sabadell, la mayor parte se dirigía a Barcelona y, en menor medida, a otras ciudades industriales. Sólo entre los campesinos, que representan únicamente el 14 por 100 de los inmigrantes, la migración de retorno al lugar de origen alcanza intensidades significativas, afectando al 29 por 100 de los emigrantes integrados en este grupo socioeconómico (Camps, 1990a: 157)¹⁸. Para las otras categorías profesionales, la emigración a otras ciudades sería predominante. Así, mientras que en el caso de Cuenca la gran movilidad observada se puede explicar por el carácter estacional y complementario de las ocupaciones rural y urbana, en el caso de Sabadell sus causas se pueden buscar en los efectos que la transición al capitalismo industrial tuvo en la economía de las familias artesanas y asalariadas.

En este segundo caso, el advenimiento del sistema fabril conllevó la formación de un estrato de población flotante, como se ha visto, compuesto por familias con un elevado número de miembros inactivos, que ya no volverían a sus lugares de origen. Precisamente, en muchos casos, sus lugares de nacimiento se desindustrializaron parcial o totalmente al avanzar la mecanización y el proceso de concentración industrial, y sus lugares de destino final eran los centros más importantes de la industrialización catalana. De este modo cumplían un papel esencial en la estructuración de la red urbana en Cataluña, siendo factor imprescindible para la transformación industrial del país. La formación de este estrato de población flotante también sugiere que los trabajadores protoindustriales, origen en buena parte de las migraciones en Cataluña, aumentaron su dependencia respecto de una demanda de trabajo cambiante y relativamente escasa. La emigración parece ser así una estrategia adaptativa de las familias protoindustriales a las nuevas condiciones del mercado de trabajo. El trasiego de familias industriales por distintas ciudades también es prueba

¹⁸ De poder registrar en Sabadell los flujos de la población cuya estancia era corta y que componía la población transeúnte, sin duda, los niveles de migración de retorno aumentarían.

de la existencia de problemas importantes de vivienda y de pobreza en la sociedad urbana del siglo XIX¹⁹.

El movimiento de retorno de campesinos que se observa en Cuenca y, en menor medida, también en Sabadell, bien distinto de la movilidad de artesanos y trabajadores asalariados, se puede interpretar adecuadamente en función de los vínculos que existían entre el mundo rural y el mundo urbano; vínculos, desde luego, más fuertes en una pequeña ciudad preindustrial como Cuenca, pero no ausentes en Sabadell. En este mundo de relaciones fluidas, al menos en un sentido humano, las economías familiares a menudo abarcarían ambas esferas. Es decir, buena parte de los flujos migratorios de campesinos puede explicarse en función de intereses económicos que abarcaban ambos mundos y de la necesidad que tenían las familias campesinas de recurrir a ambos para suplementar los ingresos.

En el mundo rural, la ciudad sería un lugar preferido de emigración para las jóvenes sirvientas que, al cabo de una breve temporada, volverían al campo²⁰. Como dijo un campesino conquense, «Las chicas a los 16-18 años se marchaban a Barcelona para servir. Todas» (Reher, 1988: 61). En 1887, el exceso de mujeres en torno a los 25 años de edad era evidente en casi todas las ciudades españolas, al igual, por ejemplo, que en los partidos judiciales industriales o semiindustriales de Cataluña, como Mataró, Sabadell, Arenys de Mar, Terrassa, Granollers e Igualada (Reher *et al.*, 1992: mapa 14). Ellas se ocuparían en el servicio doméstico y, en el caso de las zonas industriales, también como trabajadoras asalariadas. Para muchas, la estancia en la ciudad sería breve.

La vía seguida por los jóvenes provenientes del mundo rural en busca de trabajo como jornaleros urbanos sería parecida a la de las sirvientas. Seguramente, éstos no se ocupaban en las fábricas, ya que los datos disponibles muestran que las oportunidades de integración en el mundo industrial de los campesinos rurales no llegaban hasta después del paso de una generación que permaneciese estable en la ciudad (Camps, 1990a: 198-214)²¹. No obstante, los servicios urbanos o las ocupaciones como braceros en las zonas circundantes a la ciudad habrían de dar recursos económicos adicionales. Tanto entre hombres como entre mujeres se acudiría a la

¹⁹ Un planteamiento similar para el caso italiano se puede encontrar en Woolf (1978, 1986).

²⁰ En la ciudad de Cuenca, el grado de movilidad de las sirvientas era altísimo. Cerca del 40 por 100 entraba o salía de la ciudad en un año, y 3 de cada 10 migrantes femeninos eran sirvientas (Reher, 1990: 254).

²¹ Ello viene a modificar la extendida idea de que los campesinos constituían un ejército industrial de reserva. En Cataluña, al igual que en otras zonas de Europa, buena parte de los trabajadores fabriles tenían orígenes protoindustriales y no agrícolas. Hay pruebas de que los trasvases de población entre sectores de actividad eran bastante rígidos debido, en parte, a las prácticas familiares y, sobre todo, a la vigencia del sistema de aprendizaje antes de los 20 años de edad como mecanismo de acceso a la profesión, y a las prácticas de herencia (Camps, 1990a: 215-223).

ciudad con el propósito de suplementar los ingresos familiares y de ahorrar para el matrimonio, sin necesariamente la pretensión de permanecer en ella. La decisión de afincarse definitivamente en la ciudad se tomaría después, en función de las oportunidades laborales y matrimoniales ofrecidas por ambos mundos.

Tampoco se puede descartar la probable existencia de propiedad familiar en ambos mundos, de modo que personas afincadas en la ciudad se desplazarían al campo para atender sus propios asuntos económicos. En el caso de Cuenca, ello explicaría en parte el trasiego de familias enteras, de personas mayores y de niños pequeños. Es decir, probablemente al desplazarse una familia entera a la ciudad lo haría aún conservando sus raíces rurales y, al menos durante un tiempo, se haría un esfuerzo por combinar intereses en ambos mundos. Si el desplazamiento no implicaba a la familia entera, podría afectar a uno o varios de sus miembros. Este tipo de situación estaría relacionado con la distancia a recorrer y sería mucho más visible en un núcleo como Cuenca, que no gozaba de una economía en proceso de expansión, que en Sabadell, donde afectaba sólo a una parte minoritaria de los migrantes.

Claro está, este recurso no tenía necesariamente que suponer el paso del campo a la ciudad, o viceversa. También se utilizaba dentro de la ciudad, e incluso dentro de los pueblos. Disponemos de datos comparativos al respecto para la ciudad de Cuenca y para las zonas rurales de su provincia durante el siglo XIX. Estos indican que incluso a edades muy jóvenes, antes desde luego a la entrada en el servicio doméstico, un porcentaje elevado de los niños ya vivía fuera del hogar paterno. A los 5-9 años de edad, en torno al 6 por 100 de los niños urbanos vivía en la ciudad fuera de su hogar paterno, y el 5,5 por 100 de los niños en zonas rurales hacía lo mismo. Entre los 10-14 años de edad, dichos porcentajes se elevaban a aproximadamente un 15 por 100 en la ciudad y un 12 por 100 en el campo (Reher, 1988: 167; 1990: 201)²². Esta movilidad juvenil se dirigía bien a los hogares de otros parientes, bien a otros hogares ajenos a la familia original. En ambos casos, y aparte de aquellos niños que estaban estudiando, tendrían a cumplir una función económica, sobre todo a partir de los 8-10 años de edad, en la ciudad como aprendices y en el campo como mano de obra agrícola o servicio doméstico, sustituyendo en muchos casos la ausencia de hijos.

Otro factor que impulsaba la movilidad estacional era la cosecha. Para las familias campesinas, la cosecha era fundamental y movilizaban todos los

²² Aquí estamos empleando una medida imperfecta de la movilidad que únicamente estima el porcentaje de niños en un momento dado que está en el mismo pueblo o ciudad pero sin estar en su hogar paterno. De todas formas, los datos dan una idea aproximada de este tipo de movilidad juvenil. En el caso de Colyton, Richard Wall (1978: 196) encontró niveles superiores de movilidad juvenil, que no dudó en relacionar con la importancia de los sirvientes rurales en la sociedad inglesa.

miembros del grupo doméstico con la finalidad de sacar los mayores ingresos posibles. Aparte de las cosechas en tierras propias, se participaba en las de otros propietarios de la misma zona, e incluso en las de zonas bastante alejadas. Estas migraciones estacionales podían implicar a toda la familia, aunque era más frecuente que los varones fuesen los que se desplazasen. Entrevistas a campesinos ancianos de la provincia de Cuenca revelan que era frecuente que participasen en la vendimia en La Mancha y hasta en la recogida de la aceituna en tierras andaluzas. A menudo, una vez terminada su propia cosecha, labradores de la Alcarria se desplazarían a tierras de Aragón para realizar la cosecha allí. Este tipo de migración estacional era habitual en el conjunto del país y a veces podía llegar a ser masiva. De hecho, entre las familias de la costa cantábrica estudiadas por Le Play (1990) la migración temporal, sobre todo con destino a Castilla y a Andalucía, formaba una parte esencial del presupuesto familiar. Por otra parte, y de nuevo utilizando el material de entrevistas a campesinos, a menudo el trabajo estacional incluía otras actividades económicas (minas, obras públicas, trabajos forestales, etc.), algunas de las cuales implicaban estancias más o menos prolongadas en las ciudades como mano de obra no cualificada. Aun cuando la estancia lejos del hogar familiar fuese más duradera, tal y como ocurría con los inmigrantes castellanos en las minas vizcaínas, los vínculos económicos con los hogares de origen seguían presentes y fueron materializados mediante el envío de remesas (Pérez Fuentes, 1990).

No está claro cuánto de los ingresos de los hijos derivados de estas formas de trabajo estacional o temporal revertían directamente a la economía familiar. Probablemente, cuando todavía eran adolescentes residiendo dentro del hogar paternal, ello supondría el cien por cien de sus ingresos, bien en especie, bien mediante salario. Según aumentaba su edad, y sobre todo a medida en que su trabajo y lugar de residencia se apartaban de su hogar original, el peso del dinero que se remitía al hogar original iría disminuyendo drásticamente, sobre todo cuando la perspectiva de un futuro matrimonio se hacía evidente. Desgraciadamente, carecemos de datos acerca del ritmo e importancia de este proceso.

El recurso a la migración como forma de suplementar la economía familiar suponía la entrada en el hogar de ingresos desde fuera del mismo. Las «entradas» de dinero no sólo provenían de miembros del grupo doméstico que trabajaban fuera del hogar, remitiendo todo o parte de su salario a su familia. Otra forma de ingresar rentas y salarios desde fuera de la unidad productiva sería mediante la progresiva acumulación de propiedad a través de las herencias, tal y como ocurre en el caso de Cuenca. Durante la vejez o en tiempos de necesidad, el apoyo económico y material de otros familiares no integrantes en el grupo doméstico sería otra fuente de ingresos proveniente de fuera del hogar. El endeudamiento informal con parientes habría sido también una de las fórmulas utilizadas por los trabajadores

asalariados para superar las situaciones críticas²³. De forma análoga pero en dirección contraria, en numerosas ocasiones se llegarían a producir salidas de dinero del núcleo doméstico. El pago de una renta para los labradores arrendatarios, la dote, avances en las herencias a favor de los hijos, la ayuda prestada a los recién casados, el pago de deudas, etc., serían todos ejemplos de este proceso.

Por todo ello, desde una perspectiva metodológica sería erróneo intentar ver el grupo doméstico como una unidad de producción y consumo ajena a influencias externas. De ahí la relativa pobreza de la mayoría de los modelos empíricos tendentes a comprobar las teorías de Chayanov, ya que normalmente no pueden abarcar más que el grupo doméstico, minimizando u omitiendo por completo los aspectos más amplios de la economía familiar, compuesta tanto por la movilización de recursos presentes en el hogar como por la de los ausentes pero de alguna manera vinculados al mismo. ¿Cuál de las dos facetas cobraba mayor importancia? Carecemos de estudios empíricos que nos permitan contestar a este interrogante, pero parecería razonable suponer que el peso de los elementos foráneos variaría según el momento del ciclo de vida del vecino y de su esposa. En el contexto conqueso, una vez superada la fase de dependencia de los recién casados en las ayudas de los padres (Reher, 1990: 213-215), los momentos de mayor autonomía abarcarían desde la llegada de los primeros hijos hasta que éstos empezaban a cumplir los 10 y 15 años de edad. Es decir, estarían más solas las familias en los momentos de mayor penuria económica. A partir de este momento, la importancia de ingresos y gastos que implicaban a personas no relacionadas con el núcleo familiar sería cada vez mayor. En el caso de Sabadell, las entradas monetarias desde fuera del grupo doméstico empezarían en las fases deficitarias del ciclo familiar (relacionadas con el endeudamiento informal), y seguirían después debido a los dineros remitidos por miembros del grupo doméstico que trabajaban y residían fuera del mismo. Contrario a lo que ocurre en las zonas rurales, en el caso de los trabajadores asalariados fabriles las transmisiones hereditarias habrían de ser mínimas. La escasa presencia de trabajadores del textil en los capítulos matrimoniales de los libros de protocolos notariales indicaría la ausencia de propiedades familiares entre las familias asalariadas. Los hijos de éstas, en muchos casos, ni tan sólo contarían con las dotes o legítimas para formar un nuevo hogar²⁴; hecho que, sin embargo, no excluye otras formas de ayuda familiar.

²³ Este tipo de endeudamiento es difícilísimo de documentar, ya que no se encuentra entre los deudoríos de los libros de Protocolos Notariales, que sólo registran la acumulación de pequeñas deudas o las grandes deudas. Además, por su carácter informal, este tipo de endeudamiento tampoco debería estar registrado en los inventarios *post mortem*, que, adicionalmente, sólo registran una muestra sesgada de la población, en favor de las clases de mayor nivel económico y en detrimento de las más modestas.

²⁴ Distinta sería la situación de los hijos de familias con alguna propiedad entre otras clases sociales urbanas, y también en rurales de Cataluña, con unas estrategias matrimoniales bien definidas. Véase Barrera González (1990).

4. ACTIVIDAD FEMENINA, REPRODUCCIÓN Y CICLO FAMILIAR

Al evaluar el papel desempeñado por la mujer dentro de la economía familiar, es importante partir de la consideración de que en todo momento su labor se consideraba imprescindible para el bienestar de la familia, si bien su contribución a la consecución de este bien no se plasmaba siempre mediante una aportación monetaria directa. La naturaleza del trabajo femenino difiere mucho según se desarrolle en la ciudad o en el campo. En el contexto fabril tenía casi siempre un carácter remunerado. No así en el campo, donde la actividad económica de la mujer podía volcarse en trabajos temporales u otros de dedicación parcial. Dicho de otro modo, para entender adecuadamente la actividad de las mujeres en el campo es preciso tener presente que simultaneaban la dedicación a la producción económica con otras labores propias de la casa que no producían ingresos. Frente a la ciudad, donde nos es fácil medir su contribución, en el campo es poco menos que imposible. Sin embargo, las familias campesinas no se engañaban al respecto y la contribución femenina a la economía familiar era considerada de fundamental importancia²⁵. Para Le Play (1990: 92, 146), la contribución de la mujer al total de ingresos provenientes del trabajo de las familias por él estudiadas podía alcanzar un peso importante (18-24 por 100 del total) en algunos casos. En Sabadell, en 1890, entre los 20 y los 30 años de edad del vecino los ingresos derivados del trabajo de las mujeres casadas representaban alrededor del 25 por 100 del ingreso familiar (Camps, 1990a: 356).

En la ciudad, y probablemente también en el campo, la mujer no gozaba de un trato igual al recibido por el hombre. Como se ha dicho, en el contexto catalán se puede observar que frente a los salarios de los hombres, que aumentaban con su edad y el tiempo que llevaban en la empresa, las mujeres ganaban siempre menos y, además, su salario no demostraba la misma tendencia a subir (Camps, 1990a: 315-321). Por otra parte, las tasas de actividad de las mujeres eran mayores antes de cumplir los 20 años, disminuyendo algo después y drásticamente a partir de los 30 años de edad (Camps, 1985). El mecanismo ya expuesto de sustitución de trabajo infantil por trabajo femenino tendería a explicar las bajas tasas de actividad a partir de la edad de 30 años. Ni siquiera en los momentos más críticos del ciclo

²⁵ Los testimonios verbales de su aportación son elocuentes. Veamos un par de ejemplos: «La mujer trabajaba tanto como el hombre. La mujer hacía la comida al horno, pendiente del riego, del acarreador, y por la tarde a recoger las haces. En este pueblo, en el mes de agosto trabajaba más que el hombre.» «Las mujeres trabajaban en casa; también si podían en el campo, principalmente en las huertas. También a recoger las haces, a segar, a la aceituna. Todas iban a trabajar.» «Las mujeres ayudaban mucho en la siega. Se dedicaban a escavar las patatas, a segar, a echar arseniato a las patatas cuando el escarabajo de la patata tras la guerra.» «Las mujeres trabajaban a jornal a escaradar, vendimiar y a la aceituna. Pagaban 1,5 pesetas. Trabajaban todas las de la casa. Trabajaban también en casa. Las que tenían muchos hijos o estaban criando, no.» Véase Reher (1990: 60-61).

económico familiar volverían las mujeres al trabajo asalariado. Otro tanto ocurría en el campo, donde la época de actividad económica completa de la mujer cedía el paso con su matrimonio a otro tipo de dedicación económica más parcial.

Es crucial, pues, tener presente que en general, tanto en el mundo urbano como en el rural, no se utilizaba al máximo el potencial de ingresos de las mujeres adultas²⁶. Mientras criterios de racionalidad económica parecerían dictar otro tipo de aprovechamiento del potencial de trabajo femenino, sobre todo en los momentos más duros del ciclo familiar, básicamente la mujer se quedaba en casa. ¿Falta de racionalidad económica? Parecería que no. Es indudable que en estas sociedades primaba la racionalidad económica, tomándose todas las medidas necesarias para conseguir los valores que se estimaban más importantes. Pero resulta que la mujer desempeñaba otras funciones que se consideraban más vitales que su aportación monetaria al seno familiar²⁷. En primer lugar, era la clave de todo el proceso reproductivo. Tener hijos, sobre todo hijos que sobreviviesen hasta una edad adulta, era considerado un bien sin igual; y en el régimen demográfico vigente durante la época, ello significaba hacer uso de una fecundidad matrimonial elevada. La existencia de herederos, la contribución eventual de los hijos a la economía familiar, el seguro que suponían los hijos de cara a la vejez y la afectividad familiar eran todos integrantes claves de un valor que nadie cuestionaba.

A pesar del inicio precoz de la transición demográfica en algunas zonas del noreste español, aún durante la segunda mitad del siglo XIX podemos decir que el proceso de reproducción demográfica y social en un sentido amplio exigía un tiempo y un esfuerzo que no se regateaban; y, por tanto, durante al menos quince o veinte años éste se convertía en la principal dedicación de las mujeres. Además, la mujer era esencial para la vida del hogar, educando y cuidando a los hijos, haciendo la comida, manteniendo la casa en orden, limpiando, etc., y por ello dicho período se prolongaba bastante más. Esa vida familiar, que giraba en torno a la mujer, se percibía como un complemento de su capacidad reproductora. Así se lograba una estabilidad que los mecanismos de socialización procuraban prorrogar de generación en generación. Este papel era sencillamente incompatible con una dedicación completa a las tareas remuneradas y, además, era fundamental desde una perspectiva económica amplia. Buena prueba de su importancia es el hecho que de contabilizar de manera aproximada el trabajo doméstico de las mujeres a precios de mercado, entre las familias de las clases bajas, su contribución directa a la economía familiar hubiera

²⁶ El caso de la comunidad minera de San Salvador del Valle, en Vizcaya, donde existía un sistema de pupilaje en el que buena parte de las mujeres tenían como huéspedes a mineros inmigrantes solteros, cobrando en metálico por servicios prestados, sería a todas luces una situación excepcional (Pérez Fuentes, 1990).

²⁷ Aquí nuestra postura no es disimilar a la tomada por Sahlins (1977) al hablar de la importancia de las instituciones en la determinación de las necesidades de cada sociedad.

podido ser incluso superior al ingreso monetario del marido (Pérez Fuentes, 1990).

Aun siguiendo las mismas premisas económicas, la actividad económica de las mujeres difería entre el mundo urbano y el mundo rural. Frente a una actividad económica complementaria, si bien disminuida, en el campo, en un contexto urbano la posibilidad de simultanear ambas actividades se encontraba severamente restringida, entre otras razones por la separación del hogar respecto del puesto de trabajo y por la escasez de trabajo a tiempo parcial en la industria. La organización del trabajo en las fábricas tendía a crear impedimentos a la participación remunerada de la mujer a la economía doméstica, acortando, seguramente, su vida «económicamente activa». Es indudable que en términos generales la actividad productiva de la mujer urbana era más esporádica y menos extendida que en el campo.

Como se ha venido diciendo, la aportación estrictamente económica (monetaria) de la mujer a la economía del hogar era esencialmente complementaria a la del resto de los componentes del mismo. Ahora bien, este equilibrio de aportaciones podía verse vulnerado por los efectos adversos de lo que se ha dado en llamar «la lotería demográfica». El ejemplo clásico sería la ruptura de la unidad familiar por la muerte de alguno de los dos esposos, sobre todo cuando todavía había niños menores dentro del hogar. Cuando dejaba sola a la mujer, a menos que tuviera tierras y los hijos para labrarlas, su actividad económica, siempre peor remunerada que la del hombre, no lograría compensar la ausencia del varón. En el caso de Mallorca, por ejemplo, los ingresos *per capita* de los hogares encabezados por mujeres se colocaban casi 25 por 100 por debajo de los encabezados por hombres (Schurer y Moll-Blanes, 1990). Aunque los viudos también estarían adversamente afectados por la ausencia de una mujer, en términos estrictamente económicos nos inclinamos a pensar que su nivel económico sería sensiblemente superior al de las viudas. Además, el funcionamiento del mercado matrimonial para segundas nupcias, siempre más favorable para hombres, facilitaría al varón el acceso a un segundo matrimonio antes y con mayor seguridad que a la mujer. Los hogares clásicos de pobres eran los encabezados por mujeres.

En su reciente estudio sobre la familia industrial catalana, E. Camps (1990a: 349-366) ha cuestionado la importancia que tenían los hijos para la economía de la familia, llegando a la sorprendente conclusión de que, aunque su aportación aumentaba a medida que los vecinos se hacían mayores, sólo en un período muy breve del ciclo familiar llegaban a ser verdaderamente «rentables» para la familia. Efectivamente, hasta los 55 años de edad del padre el conjunto de los ingresos de los hijos no sería superior que los gastos que ellos suponían, y sólo a partir de esta fase se convertirían en el principal recurso económico de la familia. Aun así, no lograrían evitar el déficit en el presupuesto familiar a partir de los 60 años

de edad del padre. Esta conclusión es el resultado lógico de la aplicación empírica de un modelo chayanoviano basado exclusivamente en las aportaciones de los residentes dentro del seno familiar, ya que a edades avanzadas la gran mayoría de los hijos ya no estaban en su hogar de origen. No obstante, la contribución de los hijos no se limitaba a los períodos de su vida en los que efectivamente coresidían junto con sus padres. Las transferencias económicas, sociales y personales desde los hogares de los hijos hacia el hogar de sus padres, especialmente visibles en los últimos años de vida de éstos, eran una parte esencial de las economías familiares y del sistema de reproducción social.

La utilidad de los hijos era evidente para todo el mundo y, habitualmente, se les consideraba como un bien muy apreciado. Ahora bien, este valor estaba condicionado por una realidad demográfica en la que el número de supervivientes no desbordara la capacidad de producción de la familia, especialmente durante los primeros años de vida cuando eran únicamente consumidores, o impidiera una sucesión a la herencia en condiciones económicamente viables²⁸. Durante el resto del ciclo vital de la familia, un «exceso» en el número de hijos podía neutralizarse, al menos en parte, mediante el recurso a la migración. De hecho, los momentos de rápido crecimiento natural de las poblaciones tendían a ir acompañados por mecanismos que limitaban la presencia de los hijos en los hogares: fuerte emigración, pautas matrimoniales restringidas y, eventualmente, los inicios del control de la fecundidad.

La estructura por edad del trabajo de los hijos y la naturaleza de su aportación a la economía de la familia tendía a ser diferente en el campo que en la ciudad. Todo parece indicar que en el campo el trabajo útil de los hijos comenzaba a una edad inferior, ya que empezaban a ser productivos a partir de los 7 u 8 años de edad; mientras en la ciudad este tipo de trabajo comenzaba a una edad sensiblemente superior (10-14 años) y, entonces, como aprendiz con muy bajo o incluso nulo nivel retributivo. En buena manera, este «déficit» en la contribución de los hijos a las economías familiares de las ciudades se compensaría más tarde, puesto que en el mundo urbano el salario de una persona en torno a los 20 años de edad era propio de un adulto y, como se ha visto anteriormente, era superior al existente en el campo. Por otra parte, el régimen nupcial vigente en las ciudades, donde la edad al casarse era entre uno y dos años más elevada para ambos sexos que en el campo y donde el celibato era sensiblemente superior (Reher *et al.*, 1992: 38; 1989: 200-204), contribuía a prolongar la fase de la vida en la que los hijos aportaban ingresos suyos al núcleo familiar²⁹. En ambos casos, la contribución de los hijos a la economía

²⁸ Ello sería especialmente cierto cuando, como se da en la mayor parte de la Península, las normas de sucesión dictaban una participación igualitaria en la herencia.

²⁹ Los célibes tendían a residir en los hogares de sus familiares.

familiar de sus padres sería similar una vez casados y establecidos por su cuenta.

Ello nos sitúa delante del tema importantísimo de la vejez, verdadera asignatura pendiente de la historia económica y social. Habitualmente, la vejez es considerada como un período de decadencia física y económica de las personas que a menudo llegarían a un estado de extrema pobreza. ¿Hasta qué punto es cierta esta idea, o es que precisa matizaciones? Si nos basamos en los dos estudios de economías familiares a partir de modelos empíricos de producción y de consumo que se han mencionado —véanse cuadros 1 y 2—, está clarísimo que el período de la vejez es el de mayor penuria a lo largo de todo el ciclo vital. No podría ser de otra manera. A partir de los 60 años, la productividad de los viejos comenzaba a disminuir cada vez con mayor rapidez. A pesar de que ya no tenían en sus hogares personas verdaderamente dependientes, ellos comenzaban su propia etapa de dependencia y los hijos productivos que quedaban con ellos eran muy pocos. Es más, buena parte de los ancianos vivían solos, sin hijos ni otros parientes³⁰. Por todo ello, estos modelos terminan apoyando la idea general que se tiene al respecto de los viejos: pobres y solos.

No obstante, existen indicios de que tal vez sea preciso cambiar, o al menos matizar, esta interpretación de la tercera edad. En primer lugar, los modelos que se han presentado están basados en los ingresos y gastos corrientes. Por tanto, no tienen en cuenta las posibilidades de ahorro a lo largo del ciclo vital, que, como se ha visto, eran positivas en muchos casos. Por otra parte, en su estudio sobre las zonas rurales de Cuenca, D. Reher (1988: 198) pudo disponer para algunos padrones municipales entre 1910 y 1930 de una estimación de los ingresos totales por familia. Al controlar por la edad y por el número de personas residiendo en el núcleo familiar se corroboraron los resultados del modelo empírico chayanoviano, salvo para un grupo de edad clave: las personas mayores de 60 años. Según estos datos, a pesar de ver disminuido el monto total de sus ingresos (un 17 por 100 menos que en el grupo 50-59), gracias al hecho de que el tamaño del hogar era mucho más reducido que a edades inferiores, estas personas no veían disminuido su nivel de vida, sino más bien lo contrario.

La explicación de este resultado es bastante clara a la luz de lo que se ha venido diciendo aquí. Dentro del grupo de edad de personas mayores de 60 años se incluyen personas en condiciones físicas muy buenas, que aún podrían labrar el campo y atender sus propios asuntos económicos. Sería, desde luego, un error confundir la tercera con la cuarta edad. En segundo lugar, dentro de este grupo de edad buena parte de las personas seguirían detentando propiedad, ya que normalmente la transferencia definitiva del dominio real se hacía a la muerte. Ello no quita el hecho de que el dominio

³⁰ Tanto en el campo como en la ciudad de Cuenca, en torno al 10 por 100 de los hogares se componen de personas solas, casi todos mayores de 60 años de edad (Reher, 1988: 6; 1990: 194).

útil lo detentasen los hijos y herederos, incluso desde hacía bastante tiempo, proceso que se aceleraría a medida que la cuarta edad comenzaba. Pero no se haría sin la garantía de una compensación económica y personal, a menudo informal, por parte de los hijos. De nuevo nos encontramos ante la importancia de las transferencias económicas desde fuera del núcleo familiar, esta vez siempre en dirección hacia la economía familiar de los ancianos.

La situación verdadera de los viejos probablemente quedaría en algún lugar entre el pesimismo chayanoviano y el optimismo que parecen arrojar los datos conqueses de principios de siglo. Es incuestionable que la familia desempeñaba un papel clave en el mantenimiento económico, social y afectivo de los viejos, a menudo incorporándolos en sus propios hogares³¹ o apoyándoles mientras vivían solos. El número de ancianos que tenía que acudir a los hospitales o a otras instituciones benéficas era sorprendentemente reducido. Estas no eran más que un último recurso y, en circunstancias normales, la familia se hacía cargo de las necesidades sociales y económicas de los ancianos. Las familias tenían claro que tener hijos era una carga al principio, pero una garantía de seguridad después, al menos en el contexto que estamos estudiando. Como dijo un campesino conquesino, «entonces se vivía, primero los hijos a costa de los padres y luego los padres a costa de los hijos. Entonces era así». La existencia de esta realidad parece fuera de duda. La forma que tomaba esta relación en otros contextos, caracterizados por relaciones familiares y hereditarias distintas, y entre otros grupos sociales, como, por ejemplo, los jornaleros o los trabajadores fabriles, es un tema que dejamos abierto para futuras investigaciones.

5. CONCLUSIONES

Más que aportar conclusiones contundentes, estas reflexiones han pretendido arrojar un poco de luz acerca de algunos de los aspectos más importantes de las economías familiares. En la medida en la que hemos logrado este propósito, lo que aquí se ha presentado servirá para enmarcar futuras investigaciones sobre el tema. Se ha propuesto una perspectiva analítica que enfatiza los aspectos dinámicos y flexibles de las economías tanto en el mundo industrial y urbano como en el rural. Al igual que para Chayanov, los recursos humanos dentro del núcleo familiar eran un factor clave para el bienestar de la familia. No obstante, la economía doméstica se mostraba flexible, adaptándose a las nuevas situaciones surgidas como consecuencia de sus realidades demográficas y económicas.

Con ello no queremos decir que el hogar podía escapar de su propio ciclo vital ni que la supervivencia fuese una cuestión sencilla. Existen

³¹ La costumbre de «ir por meses» es una prueba de esto (Reher, 1988: 228-229).

sobradas pruebas de que la situación económica de la familia estaba estrechamente vinculada con su propio ciclo vital, y el margen de maniobra que hemos mencionado se debe de concebir como un intento de neutralizar, en la medida de lo posible, los altos y bajos de esta realidad cíclica. La presencia o no de sirvientes o de parientes dentro del hogar o la salida temporal de sus propios miembros eran resultado de decisiones tomadas en función de las necesidades económicas de la familia. No es infrecuente, por ejemplo, ver cómo el número de hijos en edad productiva presentes en el hogar está inversamente correlacionado con la presencia de parientes o de sirvientes dentro del mismo. En las zonas rurales de la provincia de Cuenca, durante la segunda mitad del siglo XIX y durante la primera parte de éste, la consecuencia lógica del aumento en el número de hijos dentro del seno familiar fue la práctica desaparición de los sirvientes (Reher, 1988: 165, 172-174).

Los procesos de migración (temporal o permanente), las prácticas nupciales, la utilización de las personas en función de su sexo y edad, eran todos integrantes de una realidad flexible y dinámica que se desarrollaba siempre dentro de un marco fijado por las estructuras económicas y las realidades demográficas. Estos mismos condicionantes dictaban que, durante casi todo su ciclo vital del hogar, la realidad económica implicaba entradas o salidas de dinero del mismo, a veces hacia o desde personas que alguna vez lo habían integrado y otras veces de parientes u otras personas más alejadas del núcleo familiar. Centrándose exclusivamente en el hogar, resulta imposible apreciar adecuadamente la complejidad de las economías familiares.

Las economías domésticas en la ciudad diferían de las propias del campo, sobre todo en cuanto a la intensidad y calendario de la contribución a la misma de sus componentes. En el campo, la aportación de las mujeres parece haber sido continua pero variable a lo largo de su vida, frente a la ciudad, donde el matrimonio a menudo significaba salida definitiva de la mujer del mercado de trabajo. En el campo, los hijos tenían una utilidad económica a una edad bastante más joven que en la ciudad, aunque esta ventaja estaba neutralizada en buena medida por unos ingresos superiores en la ciudad. Todo parece indicar, sin embargo, que el peso de la economía familiar caía más directamente sobre el varón que encabezaba el hogar en la ciudad que en el campo, donde el reparto de la responsabilidad era más general.

¿Implicaba ello un nivel de vida superior en el campo que en la ciudad? Es extremadamente difícil tener datos fehacientes acerca del nivel de vida y, de hecho, las pruebas que tenemos son contradictorias³². Sin embargo,

³² En las ciudades, los niveles vigentes de mortalidad infantil eran siempre superiores a los del campo (Reher, 1990b: 293-295). Por el contrario, al menos en la ciudad de Murcia, la talla de los reclutas (indicador del estatus nutritivo) era marcadamente superior al campo (Martínez Carrión, 1990).

durante la primera fase de la industrialización, y en especial para los inmigrantes, cabría cuestionar, o al menos matizar, la idea de que el proceso de urbanización supuso una mejora en el nivel o en la calidad de la vida.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ANDERSON, M. (1974): *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*, Cambridge.
- BAINES, D. (1985): *Migration in a Mature Economy. Emigration, and Internal Migration in England and Wales 1861-1900*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BARRERA GONZÁLEZ, A. (1990): *Casa, herencia y familia en la Cataluña rural*, Madrid.
- BROWN, M., y PHILIPS, P. (1986): «The Historical Origin of Job Ladders in U. S. Canning Industry and Their Effects on Gender Division of Labour», *Cambridge Journal of Economics*.
- CABRÉ, A. (1989): «La reproducció de las generacions catalanes 1865-1960», Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona.
- CAMPS, E. (1985): «La formació d'una ciutat catalana sota l'impuls de la industrialització», Tesis de Grado presentada en la Facultad de Económicas de la UAB.
- (1990a): «Migraciones internas y formación del mercado de trabajo en la Cataluña industrial en el siglo XIX», Tesis Doctoral presentada en el Departament de Historia del Instituto Universitario Europeo de Florencia.
- (1990b): «La teoría del capital humano: Una contrastación empírica. La España Industrial en el siglo XIX», *Revista de Historia Económica*, 2.
- (1990c): «Urbanización y migraciones internas durante la transición al sistema fabril: el caso catalán», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, VII, 2.
- (1990d): «La evolución del salario real en el sector textil algodonero. La "España Industrial, S. A.", 1850-1913», ponencia presentada en el XV *Simposio de Análisis Económico*, Barcelona.
- CARRASCO, C.; ALABART, A.; ARAGALL, J., y OVEJERO, F. (1991): *Trabajo doméstico y la reproducción social*, Madrid, Instituto de la Mujer (en curso de publicación).
- CERDÀ, I. (1867): «Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona en 1856», en *Teoría general de la urbanización. Reforma y ensanche de Barcelona*, Madrid.
- COLLINS, J. L. (1988): *Unseasonal Migrations. The Effects of Rural Labor Scarcity in Peru*, Princeton.
- CZAP, P. (1983): «A large family: the peasant's greatest wealth: serf households in Mishino, Russia, 1814-1858», en R. Wall, P. Laslett y J. Robin (eds.), *Family Forms in Historic Europe*, Cambridge, pp. 105-151.
- CHAYANOV, A. V. (1966): *The Theory of Peasant Economy*, editado por D. Thorner, B. Kerblay y R. E. F. Smith, Homewood, Ill. Existe una edición castellana publicada en 1985: *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires.
- CHAYANOV, A. V.; KERBLAY, B.; THORNER, D., y HARRISON, M. (1981): *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, México, Cuadernos de Pasado y Presente.
- DELILLE, G. (1990): «La famiglia contadina nell'Italia moderna», en *Storia dell'Agricoltura Italiana en Età Contemporanea. Uomini e Classi*, Marsilio Editori, vol. II, pp. 507-534.
- DEWERPE, A. (1985): *L'industrie aux champs. Essai sur la proto-industrialisation en Italie du Nord (1800-1880)*, Roma.
- GARRABOU, R.; PUJOL, J., y COLOMÉ, J. (1991): «Salaris, us i explotació de la força de treball agrícola (Catalunya 1818-1936)», *Recerques*.
- HARRISON, M. (1977): «The Peasant Mode of Production in the Work of A. V. Chayanov», *Journal of Peasant Studies*, 4: 2.
- (1981): «Chayanov y la economía del campesinado ruso», en A. V. CHAYANOV *et. al.*, *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, pp. 153-189.

- LE PLAY, Frédéric (1877-1879): *Les ouvriers européens*, Tours, Alfred Mame et Fils.
- (1990): *Campeſinos y pescadores del norte de España*, Clásicos Agrarios, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Edición, introducción y notas a cargo de José Sierra Alvarez.
- MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M. (1990): «La estatura humana como indicador del bienestar económico: un test local en la España del siglo XIX», ponencia presentada en el XV *Símpoſio de Análisis Económico*, Barcelona.
- MEDICK, H. (1976): «The Proto-industrial Family Economy. The Structural Function of Household and Family During the Transition from Peasant Society to Industrial Capitalism», *Social History*, 3.
- PÉREZ FUENTES, P. (1990): «Relaciones de género y estrategias familiares en la primera industrialización vasca: San Salvador del Valle, 1877-1913», Tesis Doctoral leída en la Facultad de Ciencias Sociales y de la Información de la Universidad del País Vasco.
- POLLARD, S. (1978): «Labour in Great Britain», *The Cambridge Economic History of Europe*, Londres, vol. 7.
- REHER, D. S. (1988): *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Madrid.
- (1989): «Urban Growth and Population Development in Spain, 1787-1930», en R. Lawton y R. Lee (eds.), *Urban Population Development in Western Europe from the Late-Eighteenth to the Early-Twentieth Century*, Liverpool, Liverpool University Press, pp. 190-219.
- (1990a): *Town and Country in Pre-industrial Spain. Cuenca, 1550-1870*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1990b): «Urbanization and demographic behaviour in Spain, 1860-1930», en A. van der Woude, J. de Vries y A. Hayami (eds.), *Urbanization in History. A Process of Dynamic Interactions*, Oxford, Oxford University Press, pp. 282-299.
- REHER, D. S.; POMBO, M., y NOGUERAS, B. (1992): *España a la luz del censo de 1887*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística.
- SAHLINS, M. (1977): *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid, Akal Editor.
- SALLARES I PLA, J. (1892): *El trabajo de las mujeres y los niños. Estudio sobre sus condiciones actuales*, Sabadell.
- SCHURER, K., y MOLL-BLANES, I. (1990): «Working lives: rhythms of household income in early twentieth-century Mallorca», trabajo presentado en la sesión «Charity, the poor and the life-cycle», del *Tenth International Economic History Conference*, Leuven.
- SMITH, R. M. (1984): «Some issues concerning families and their property in rural England», en R. M. SMITH, *Land, Kinship and Life-cycle*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-73.
- STRUMINGHER, L. S. (1977): «The artisan family. Tradition and transition in nineteenth century Lyon», *Journal of Family History*, 2.
- TILLY, L. A. (1979): «Individual lives and family strategies in the French proletariat», *Journal of Family History*, 4.
- TILLY, L. A., y SCOTT, J. W. (1978): *Women, Work and Family*, Nueva York.
- WALL, R. (1978): «On the age of leaving home», *Journal of Family History*, 3, 2, pp. 181-202.
- WOOLF, S. J. (1978): «La formación del proletariado (secoli XVIII-XIX)», en *Storia d'Italia. Annali I. Dal feudalismo al capitalismo*, Turín.
- (1986): *The Poor in Western Europe in XVIIIth and XIXth Centuries*, Londres.